

# JUAN DE HERRERA

¡REIVINDIQUEMOS SU FAMA!

## Una visita al Escorial

Residiendo en la corte, nada como El Escorial para olvidarse, siquiera por unos momentos, del tráfico y enfadosas naderías profesionales.

El espíritu vive otra vida oculto durante unas horas en el palacio-panteón — hipogeo de la Sierra —, paseando en la logia y en el laberinto de los arabescos jardines, maravillado con la imagen del Monasterio, que refleja el estanque herreriano, y ascendiendo a la meseta del cimborrio, el sitial donde cobraba alientos el fundador y se abstraía en la inmensidad de los dilatados horizontes...

Aquellos interminables lienzos de fachadas, la quietud de los patios, el templo que anonada, los ciclópeos muros, los interminables claustros: toda aquella ración de colosalismo, es el mejor antídoto y revulsivo de nuestra achacosa condición arquitectónica.

Sugestionados con los desmesurados sillares, aun escuchamos los gritos de admiración del lego Villacastín y la ensordecedora algarabía de la multitud entusiasmada, haciendo coro al hormigueo de agujoneadores, braceros y cien bueyes que trabajosamente arrastran una mole ingente de granito... ¡Soberbio espectáculo para un aguafuerte genial del buril de Brangwin!

Terminada la jira, y sintiendo en el interior una nueva circulación arquitectónica, volvemos a casa transformados y animosos. Y el proyecto que a medio trazar

quedó hace días en el tablero, nos parece, al volver a verlo, garrapateado por los *críos*, que révuelven nuestros papeles y nos sustraen los lápices...

Preferimos para estas visitas el mes de noviembre, el de la atmósfera tibia y mayor bóveda azul; el que dora la vegetación policroma con sienas, *garance*, oros y rojos indianos; el que también reserva para la frialdad acerada del granito veladuras calientes.

En el mes romántico, el monasterio está casi desierto: huyó el alborozo y la gárrula de los veraneantes, y todavía no es ocasión de que los ingleses piensen en el Baedeker.

Como nos repugnan las caravanas que en tropel van conducidas a paso de carga por ignaros guías a través de salas y galerías, ambulamos solos, a capricho, pasando y volviendo a pasar por el mismo sitio, reposando ante lo que nos atrae y platicando con el inmenso fabricado.

No pretendemos en estos dos días repararlo todo, aunque para la famosa guía basta con uno... Y marchamos solos, sin plan ni libro que nos distraiga, y espiamos buenamente cuanto nos es dable.

### Los detractores de Herrera

A lo lejos, entre la bruma matinal, se dibuja imponente, con una silueta recortada, el colosal batimento. Y rememorando impresiones pasadas, comenzamos a preguntarnos si, efectivamente, fué Herrera tan seco y frío como repiten tantos, y si todo se reduce a estereotomía y silogismo en piedra.

Creemos que El Escorial tiene un aspecto atrayente, místico y sentimental que hay que asir y estudiar a despecho y olvidando la mayor parte de lo que se ha escrito. Hay que mirar y valorarlo, no a través de las páginas de los libros, sino a solas, con nuestros ojos, y con un espíritu abierto a insospechadas emanaciones emotivas.

¿A cuántas insensateces de hombres de saber, nacionales y extraños, no han dado lugar estos muros?...

*On impose à l'ensemble*, está escrito en la guía más leída, y habría que borrarlo, por el daño que nos hace. Como necia leyenda que se propaga incesantemente. *On impose à l'ensemble un dessin géométrique rigoureux... mais auquel en ne reconnaît aujourd'hui qu'une aridité repoussante... une puissance de fascination pres que pretrifiante...*

Teófilo Gautier, con sus sátiras, también menoscaba a Herrera. Y aunque nos parece el más disculpable, llámale arquitecto del aburrimiento, indigno de la fama que goza; y al Monasterio, el montón más grande de granito, después de las Pirámides, que hay en la Tierra; el monumento más fastidioso y aburrido, que cae sobre el visitante como una capa de plomo, con un cimborrio jorobado, que puede soñar para mortificar al prójimo un fraile huraño o un tirano receloso.

A Gautier, con su estilo pintoresco, se le disculpa, porque viene a ver las fule-rías y españoladas. Como que lo primero que vió al entrar en la iglesia, a pesar del frío claustral y moscovita, fué una mujer que se daba aire fervorosamente con un abanico verde mar u hoja de iris...

La explanación. — Error inicial

Es innegable, está al alcance de todos, que el Monasterio, en medio de sus magnificencias, tiene arideces y sequedades insoportables; por ejemplo — por no citar más que la opinión unánime —, aquellas inmensas fachadas planas, demasiado planas y carcelarias, con las interminables procesiones de huecos iguales, sin resaltos.

Pero ¿hay razón para que esto mismo se enarbole en contra de Herrera? ¿El proyectista del Escorial, arquitecto de gran talla, no veía lo que observaría el más profano ante el tablero? ¡Es incomprendible!

El error inicial está en la explanación previa del terreno, que la hizo Juan de Toledo, seguramente por mandato del Rey. Destruídas las grandes y pintorescas irregularidades topográficas — por lo que se ve alrededor del fabricado, se adivina cómo serían las que se borraron —, con grandes trabajos se pudo formar el enorme plano de erección, pecado original.

Mal planteado el problema desde un principio, no era posible resolverlo bien. Se negaba a la Naturaleza su aportación maravillosa; no habría apropiación estética de la topografía, y el edificio, sin su intervención, forzosamente tenía que pecar más tarde de artificioso y seco, repugnando al ambiente circundante.

Los grandes medios, los arrestos de Felipe II al querer a rajatabla y rápidamente levantar obra de tal magnitud, fueron — ¡quién lo diría! — el móvil y fundamento de todas las equivocaciones posteriores.

Surgía forzosamente la construcción por el poder absoluto, conforme a un plan inmutable y rectilíneo, fijado con reglas y escuadras muy rectas en el papel, de espaldas a la realidad.

¡Otro sería el edificio si, levantado sin niveletas, se hubiese acomodado paulatinamente, echando raíces por aquellos riscos!... ¡Qué de soluciones pintorescas de escenografía en la repartición de sus masas y en sus siluetas; muros de contención, que se hubiesen dispuesto en el terreno, intestados en la configuración de rocas y cantos; rampas, escalinatas extrañas, atrevidos arcos y puentes salvando barrancos y ornados por riachos!...

¡Aquí se asomaría una torre; por el otro lado avanzaría un cuerpo de edificio sobre el que no se pensó en un principio, pero que hubo que disponerlo durante una visita regia! ¡Otro día, el buen sol invernal pediría en lugar del muro sombrío que ascendía, una abertura vivificadora de los lugares que se entristecían al irlos dejando sin vistas!... ¡Y de prisa y corriendo había que proyectar, antes de que el monarca se ausentara, una galería y unas terrazas para comodidad de unos aposentados!

En una palabra, de no haber sido inmutable el plan, hubiese surgido un cúmulo de soluciones, problemas y órdenes arquitectónicos, un arte más humano que no estaba previsto en el Vitrubio, ni en los tratadistas italianos, ni en los apuntes y medidas que había tomado Herrera durante sus andanzas por el país del Arte.

### El cliente con pujos de técnico

Desde el cronista padre Sigüenza en adelante, se alaba la intervención personal, el espíritu organizador, el talento y los conocimientos arquitectónicos que poseía Felipe II, así como los deseos fervientes, la pasión que tenía por su obra.

Para nosotros — con perdón sea dicho — esta circunstancia es digna de alabanza, mirada solamente desde el lado personal del cliente, y sumamente perjudicial para el resultado de la obra.

Para completar las lagunas históricas de los adulones cronistas, recordemos lo que a todos los profesionales sucede con frecuencia, seguros de que los hechos se han repetido en todas las épocas, e indudablemente con más intensidad en la que analizamos.

Todos sabemos que la mayor calamidad que puede caer sobre un arquitecto es un aficionado, un cliente que se figura entender de construcción y de arte. ¿Quién no lo ha padecido?

El exceso de celo del mandante, imponiendo lo que no tiene sentido e indicando con persistencia al técnico lo más elemental, lo que se figura que pasará inadvertido, es de lo más cargante y molesto, hasta hacer que el profesional aborrezca lo que está proyectando.

El cliente prototipo no es el que quiere aleccionar técnicamente al facultativo que conoce a fondo su profesión, sino el que coadyuva a su misión, conociendo tanto las necesidades abstractas como las de conveniencia material y económicas. Y sobre todo esto, mejor si con llaneza se entrega al técnico digno de su confianza.

¿Tenía estas condiciones el mayestático cliente de Herrera?...

### La intervención de Felipe II

Fué asidua y constante, fué una intervención personal la de Felipe II durante los veintiún años que duró la edificación.

Pasaba largas temporadas en El Escorial. En una ocasión residió, de un tirón, cerca de medio año. Desde allí llevaba las riendas de su vasto imperio, y allí resolvía los más arduos problemas políticos — con graves perjuicios para él —, sin descuidar la atención de los trabajos de la edificación.

Él mismo se constituyó en inspector sobrestante, y «cuando menos cataban, lo veían allí, con cuatro o cinco caballeros no más». (P. Sigüenza.)

Se ha dicho de Felipe II — ¡tanto era lo que edificaba! — que su pasión favorita era la arquitectura.

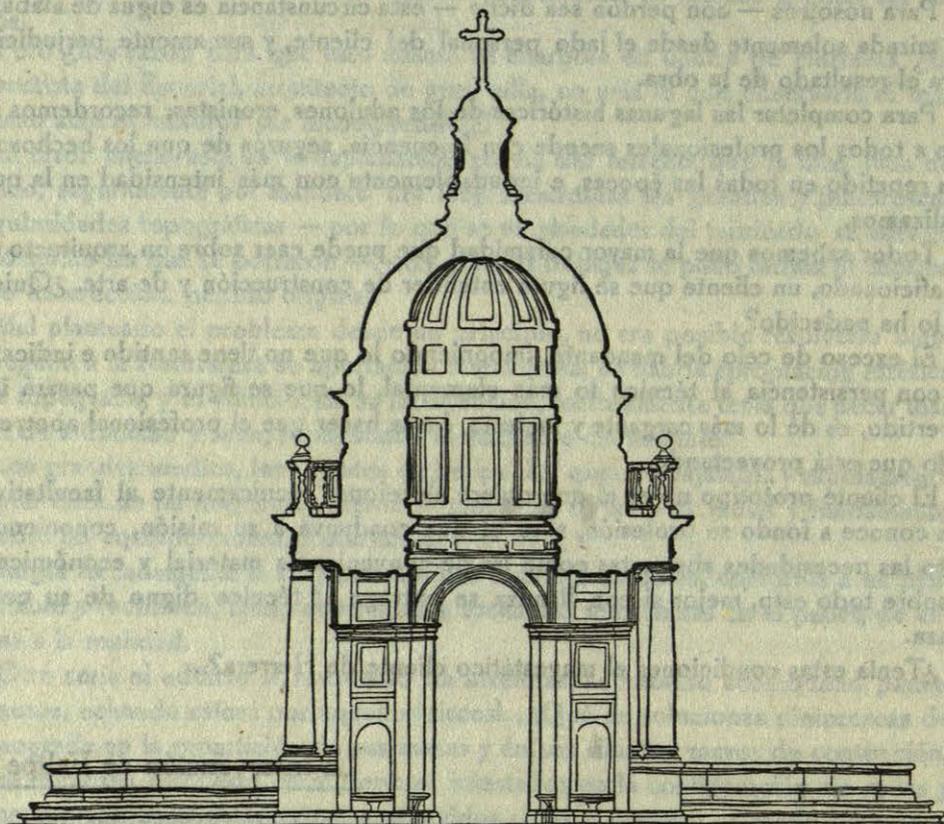
Cuando la gobernación del Estado le llevaba a otras regiones, aun desde lejos estaba constantemente dirigiendo su mirada escrutadora y dando órdenes al Escorial. Está en Badajoz, y en medio de sus ocupaciones políticas, escribe frecuentes cartas al prior y a Herrera, encargándoles que le diesen cuenta detallada de cuanto

## ARQUITECTURA

se hiciese, y ordenándoles que, de las cosas de alguna importancia, se le remitiesen dibujos y proyectos, para él fijar las líneas definitivas...

«Se le envían dos modelos a tamaño natural de las sillas del coro, y opina por su parte, con tan buen gusto y tino, que fijó su dibujo con la majestuosa sencillez que ahora tienen.»

Y para completar lo que va expuesto, no echemos en saco roto que en 1581,



Monasterio del Escorial. — Sección del templete del patio de los Evangelistas.

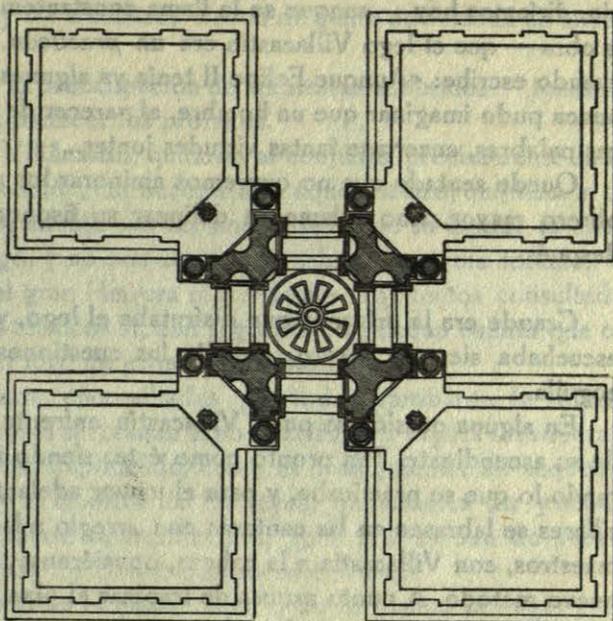
«a pesar de la larga ausencia del Rey, no sólo no aminoraron los progresos de la obra, sino que adelantaron visiblemente», es decir, que no eran perjudiciales las escapadas del soberano...

### La aspereza y desabrimiento

No pretendemos demostrar que Herrera fuese el proyectista de una arquitectura regocijada; pero sí anotar de dónde partían las mayores sequedades y durezas del palacio-panteón.

Felipe II propendía con exageración, más que a la sencillez, al hermetismo y dureza arquitectónica. Ya lo hemos visto al tratar de la sillería del coro.

¿Se concibe que haya necesidad de encarecer a Herrera la sobriedad en sus concepciones? Pues Felipe II lo hizo al encargarle — no habiendo gustado el diseño de Toledo — el proyecto de la portada principal del templo: «Sobre todo no olvidéis lo que acabáis de oírme: sencillez en la forma, severidad en el conjunto, nobleza sin arrogancia, majestad sin ostentación. Tened siempre presente que el monumento que queremos erigir a la mayor honra de Dios y gloria de nuestra Santa Madre la Iglesia es, a la vez, un monasterio, un templo y una tumba.»



Monasterio del Escorial. — Planta del templo de los Evangelistas.

Palabras que tal vez sirvieron para precipitar la caída del primer arquitecto Juan de Toledo, dice atinadamente Rotondo.

### El obrero mayor. — Su privanza

Desde el comienzo de las obras hasta su conclusión, figuró como ayudante de Toledo y de Herrera el lego Antonio de Villacastín. Venía a ser el intendente, el tenedor de libros, el jefe de los operarios, el obrero mayor.

Acostumbrado desde pequeño a sentar baldosas y ladrillos, y uno de los siete primeros profesos del Escorial, aportó, seguramente, una práctica y un conocimiento de la construcción que tendrían más tarde aplicación adecuada.

Las órdenes religiosas suelen tener alguno que, bien por haber andado cerca de las obras o por sus aficiones, suele ser el maestro constructor o el proyectista de confianza de la Comunidad, una especie de inspector general, medio profesor y religioso. Hemos conocido un ejemplar típico de esta clase de profesionales, y recordando su actuación — la psicología de ellos no se habrá alterado grandemente en tres siglos — y leyendo a los cronistas escorialenses, reconstruimos *in mente* la interesante figura del lego Antonio.

Repetidas veces, en los escritos de la época, se alaba su intervención; mas no olvidemos, para precisar mejor su silueta, que los panegiristas a la misma Orden pertenecen, que rezan en el mismo coro, comen en el mismo refectorio y descansan bajo el mismo techo, y al ensalzar al lego, ensalzan la Orden, como se observa en los que anotan los hechos de que hacemos mención.

Leyendo entre líneas, y si quisiéramos precisar con una alocución nuestro jui-

cio, diríamos hoy — aunque se le llama constantemente agente principal y alma de la obra — que el lego Villacastín era un *practicón*. El padre Sigüenza puntualiza cuando escribe: «Aunque Felipe II tenía ya algunas noticias de su entereza y valor, nunca pudo imaginar que un hombre, al parecer de todos, basto, sin letras y de pocas palabras, encerrase tantas virtudes juntas...»

Quede sentado que no queremos aminorar los méritos y grandes cualidades del obrero mayor, sino solamente delinear su fisonomía por lo que vamos a decir después.

Grande era la privanza que disfrutaba el lego, y no pocas veces el Rey, que le escuchaba siempre atento, decidía las cuestiones con arreglo al criterio de la cogulla.

En alguna ocasión se puso Villacastín enfrente del parecer de Herrera, valido de su ascendiente. Tan pronto como éste, siendo arquitecto mayor, propuso, alterando lo que se practicaba, y para el mayor adelantamiento de las obras, que los sillares se labrasen en las canteras con arreglo a las plantillas que se enviasen, los maestros, con Villacastín a la cabeza, opusieron, exagerando las dificultades del nuevo método. A punto estuvo de fracasar el plan de Herrera; mas éste suplicó al monarca que antes de condenarle se dignase prestar oído a sus razones, haciendo después lo que mejor le pareciese.

Y así sucedió: el tiempo, como el monarca, vino a darle la razón, y Herrera se impuso, después de poner a contribución su ciencia y su experiencia en cuestión tan racional, que algunas molestias le ocasionó.

### Pero aquellas fachadas penitenciarias...

El medio centenar de monjes que al principio había dispuesto el Rey en el monasterio, durante el curso de las obras le pareció insuficiente para el culto, conservación y custodia del mismo. Bajo ese supuesto, consultó el Rey a Juan de Toledo y a otros arquitectos, con el objeto de aumentar las dependencias. Unos opinaban que se debía alterar toda la planta; otros, los claustros interiores...

«Llamó, por fin, a Villacastín, el cual, sin pretensiones de inventor, y dejando a Toledo en el lugar que le correspondía, propuso lo que hizo y hoy se ve. Esto es, que, sin variar en nada lo esencial de la planta primitiva, se levantase el edificio otro tanto más, puesto que la solidez de los cimientos lo sufría, y con esto se doblaban las habitaciones, recibiendo al mismo tiempo la fábrica más belleza y grandiosidad; la cornisa última correría en derredor a nivel; los tejados y caballetes subirían a una altura, y las fachadas adquirirían más uniformidad y belleza, a la vez que prestarían mayor gravedad al edificio.

»Mucho complació al Rey la solución del lego, y tanto él como los demás que dieron su parecer, lo aprobaron por llenar cumplidamente los deseos del monarca y no tener que destruirse nada de lo ya fabricado.»

¡Bien se echa de ver, al encarecer de este modo lo que fué fatal para la belleza

del monasterio, que el relato y las alabanzas vienen de gente no versada en nuestro arte! Nos explicaremos.

El exceso de regularidad y la preocupación de las alturas uniformes — tendencia hacia la forma cajón — suelen padecer los profanos.

Al adoptar la solución de Villacastín, quitaron al conjunto precisamente la ondulación de las líneas de coronación, tan necesaria en aquel macizo; ondulación que hubiese armonizado maravillosamente con las sinuosidades de su fondo: la sierra.

Alábase la agudeza del lego, y no nos cabe en la cabeza que una solución tan simplicista no la avistasen ni el gran Herrera ni los demás arquitectos consultados. ¿Cómo la iban a proponer los técnicos si, con seguridad, se daban cuenta que con ella se muraba el edificio en el foso de prominentes bastiones?

Dícese en las anteriores líneas encomilladas que todos aprobaron la solución Villacastín; y se comprende que la aprobaran si no querían caer bajo la ira soberana.

Si las fachadas se duplicaron, duplicando, como es consiguiente, su sequedad; si se entristecieron los patios y el claustro de los reyes, quitándolos luz y acomodándolos para que el verdín helase su arquitectura, ¿por qué se han de achacar estos yerros e inmersiones a Juan de Herrera, su mero ejecutor?

¿Y el templo? Al emplazarlo en el núcleo central de la planta, se eligió precisamente el sitio donde no campea su silueta exterior. Para contemplarlo tenemos que alejarnos del monasterio, escogiendo a gran distancia el punto de vista, o hemos de meternos por el Este en terreno vedado al público.

No asomando el cimborrio y las torres sobre las tres fachadas principales, éstas, demasiado altas y sin coronación perspectiva, son las que gravan la idea tétrica.

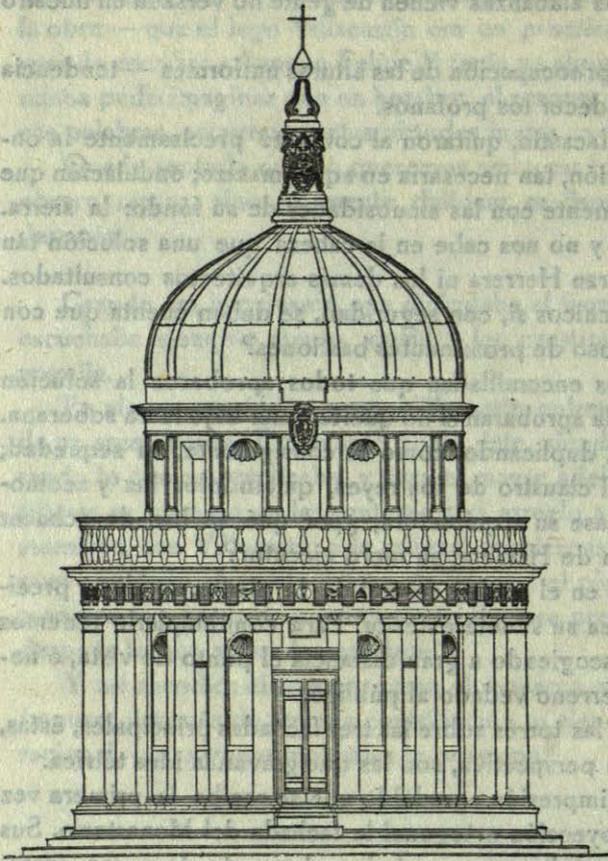
No es pequeña la sorpresa e impresión agradable que se recibe la primera vez que se examina en el papel y proyección ortogonal la fachada del Monasterio. Sus siluetas, vistas en su verdadero grandor, son acertadas, el reparto de masas, justo, y la piramidación de los cuerpos ascendentes, atinada. ¿Pero es éste el edificio del Escorial? ¿Lo hemos visto tan pintoresco en nuestras visitas, al sepultarnos bajo la sombra de sus fachadas?...

Lo mismo que en San Pedro de Roma, en El Escorial hemos de admirar en el papel, en sus esquemáticas representaciones, las fachadas principales; y si queremos gozar las imponentes perspectivas de los grandes fabricados, hemos de ir detrás de los ábsides, para recrearnos con lo que menos preocupó al levantar el edificio.

¡Extraña condición la de la belleza — requisito que no hemos encontrado en los tratados de estética —, y que es la de surgir callada y mansamente, con espontaneidad, sin ser advertida en todo su alcance!

Si, al contrario, se genera con intranquilidad, torturando el magín con altercados, o sometiéndole a caprichosas disposiciones, desaparecerán la serenidad y lozanía de la impresión, y la belleza, que es libre, silenciosa y recatada, huirá para dejar paso a las concepciones angustiosas y arteras.

¡Así se ha aderezado la mayor parte del monumento del Escorial, y así se han levantado aquellas soluciones rígidas, verticales e inflexibles!...

El templo

Roma. — Templete de Bramante en San Pietro in Montorio.

Al pasar bajo la célebre bóveda plana del coro recordamos al profesor que hace cinco lustros nos aclaraba su despiece. Entonces creíamos que el Monasterio era un inmenso tratado de estereotomía con páginas de piedra.

Desde las puertas de bronce nos anonada el interior de la iglesia. Imponentes sus proporciones, severa la composición granítica, majestuosas y graves sus líneas, produce la impresión de una magistral concepción arquitectónica.

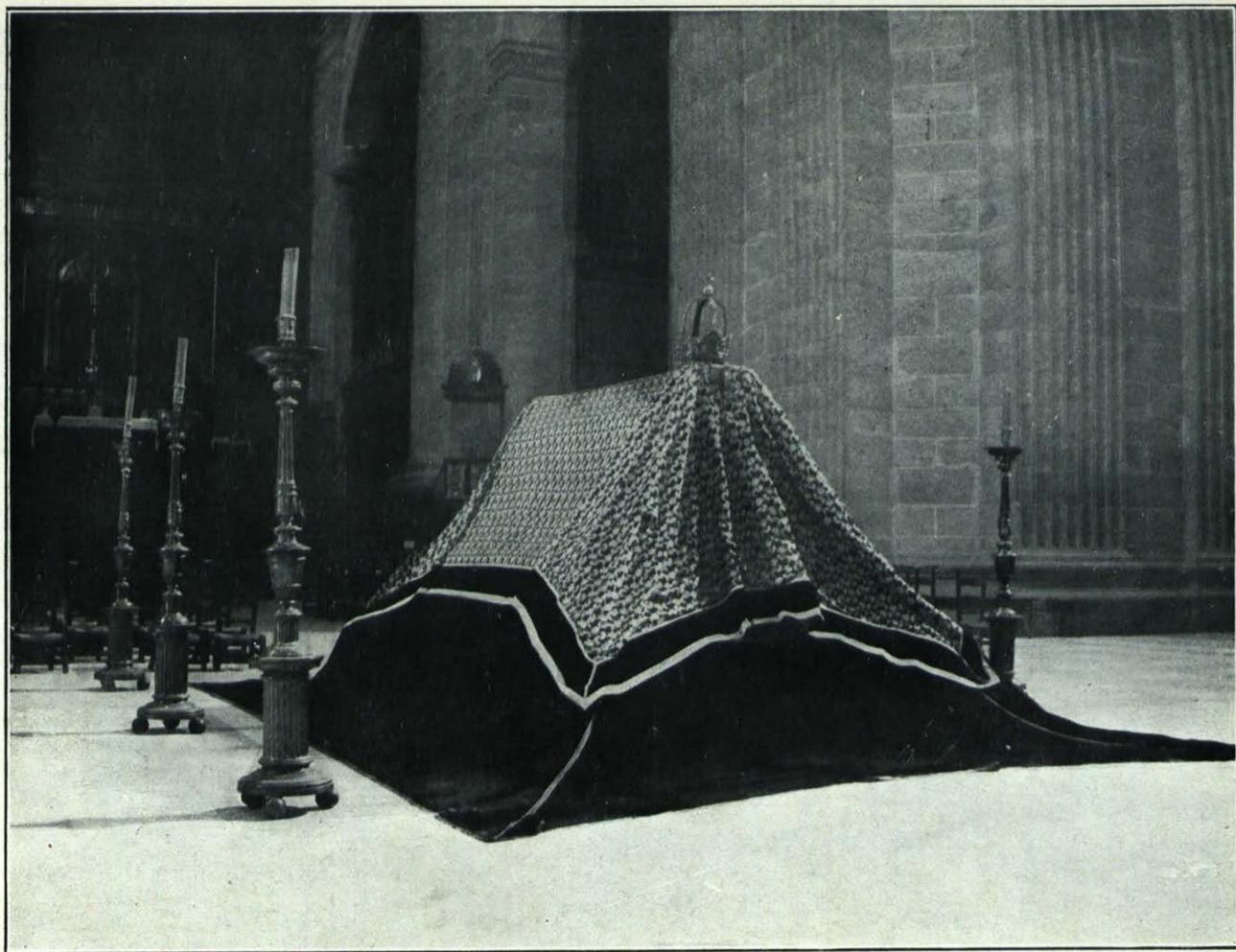
Allí está Herrera; allí se muestra cabal, con el prestigio de sus solemnes conjuntos. Aunque denota influencia italiana; aunque en ella intervino Pachote — ¿dónde están sus obras importantes? —, tiene un sello tan castellano y racial, tan herriano, habla tan recio a lo recóndito de nuestro espíritu, que

nos pertenece por entero. Graves los acordes del órgano, sus ondas sonoras van dando forma a la cúpula berroqueña. «Bajo cada bóveda, bajo cada uno de los magníficos pilares, resuena la voz de Jehová, la imaginación se extasia, y sólo se piensa en adorar a Dios.»

Hasta el sol, como si quisiera deleitarnos, esconde los rayos y envía una luz tamizada, mansa, que da tonos plateados a las pilastras iluminadas, velando con gamas verdosas el misterio de los últimos términos y la proyección de la atrevida cornisa de coronación.

En la gradería del altar mayor, inmóviles los oficiantes, agregados a los monumentales candelabros, semejan personajes del séquito de los grupos orantes que en la penumbra de los intercolumnios laterales dispuso el escultor áulico León Leoni.

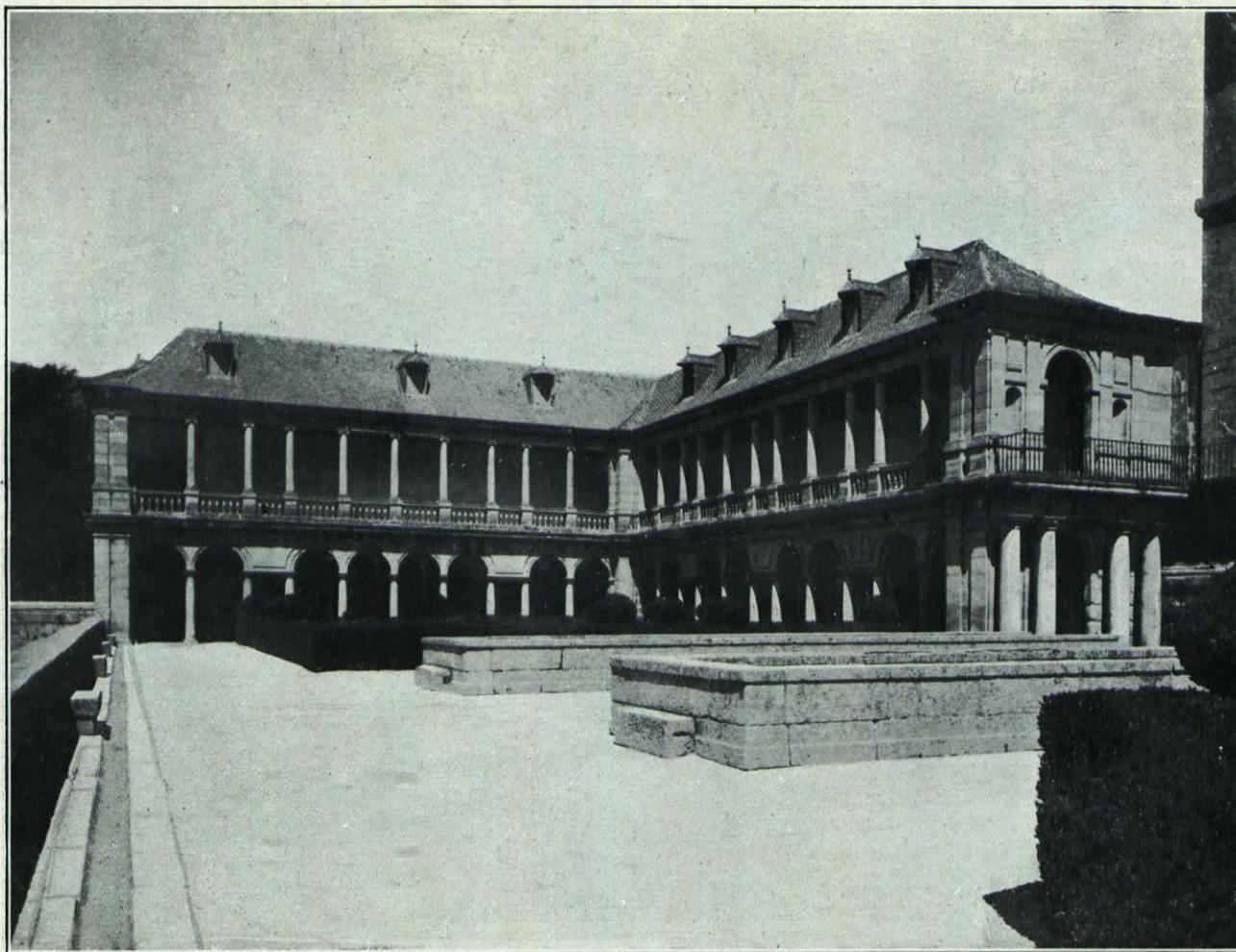
Y para mayor comprensión, el túmulo regio, colocado como motivo central de aquella arquitectura, nos transporta a la fúnebre ceremonia dispuesta por Felipe IV, colocando bajo el cimborrio los catafalcos gloriosos, con los restos exhumados de Carlos V, Felipe II, Felipe III, la Emperatriz y tres Reinas...



EN LA IGLESIA DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL.



ARQUITECTURA ANTIGUA ESPAÑOLA



MONASTERIO DEL ESCORIAL. — GALERÍA DE CONVALECIENTES.

Fot. Moreno.

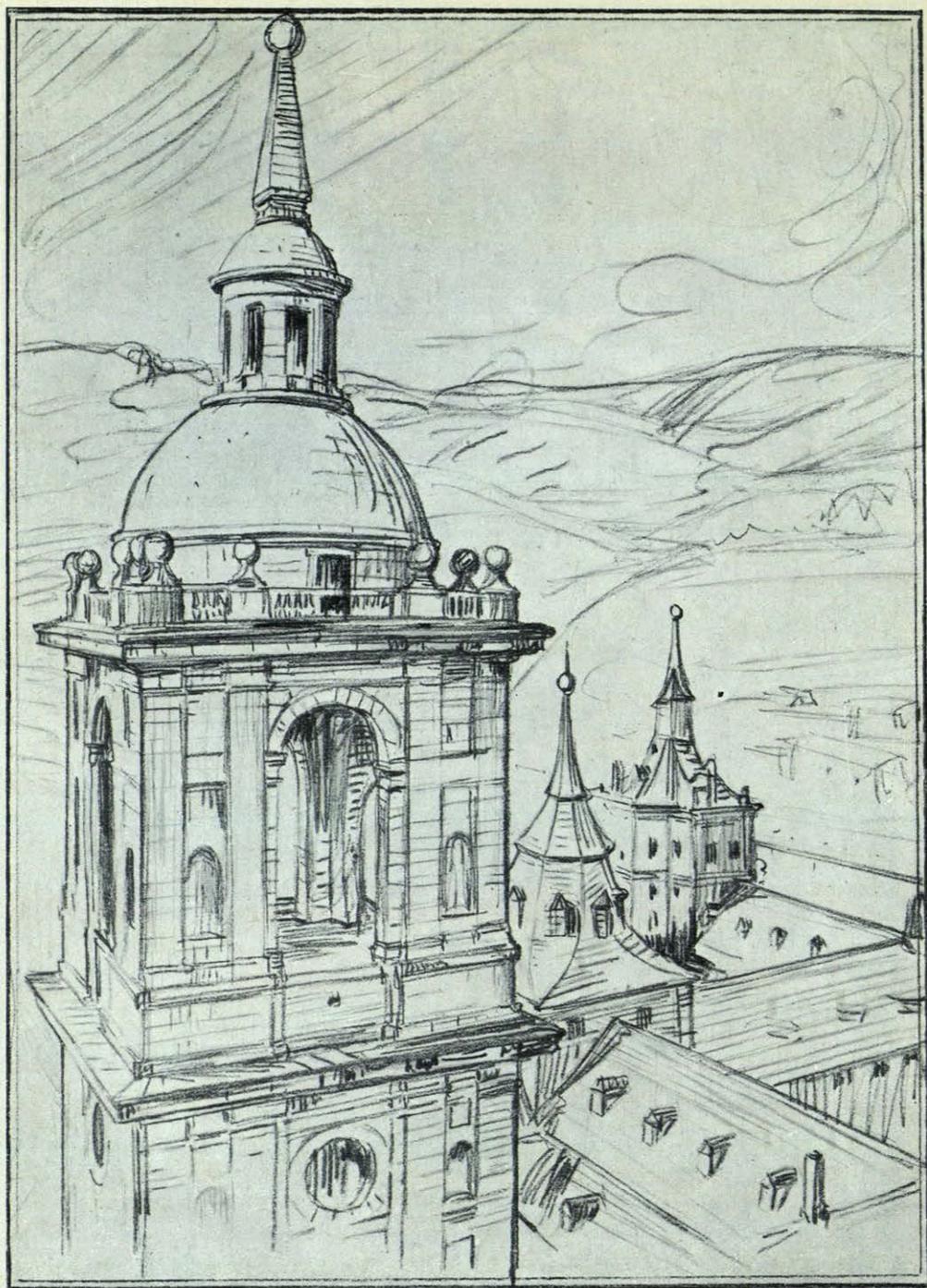




MONASTERIO DEL ESCORIAL. — DETALLE DEL TEMPLETE DEL PATIO DE LOS EVANGELISTAS.

Dibujo de Anasagasti





MONASTERIO DEL ESCORIAL.

Dibujo de Anasgasti.



## El templete

### Su originalidad

Mejor diríamos los templetos, porque en el de los Evangelistas, que analizaremos, culmina el arte de los remates del facistol y del tabernáculo.

Parece que Herrera, al proyectar el patio de los Evangelistas y su motivo central, quiso resarcirse de las arideces y demostrar de lo que era capaz, concibiendo una arquitectura afable.

Quizás trazando el templete — al fin y al

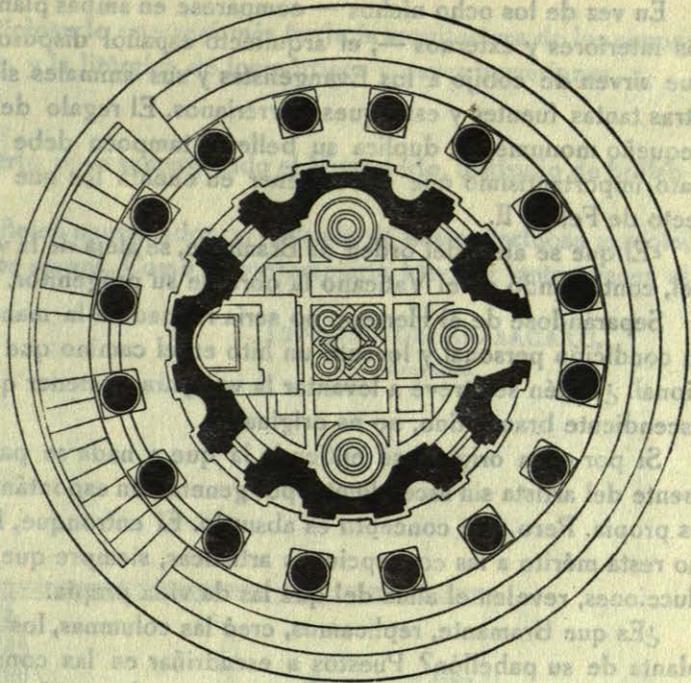
cabo lo considerarían los que mandaban como futesa arquitectónica — le dejaran solo, o surgiría, caso muy probable, en alguna ausencia del Rey, cuando las obras más avanzaban... Así sospechábamos y así hemos visto que confirman las crónicas.

Y ¡con cuánta fruición — se adivina al mirarlo — se pasaría las horas diseñándolo sobre el tablero!...

El interesante pabellón es congénere del que levantó Bramante en Roma por orden del Rey de España, el católico Fernando. Era, pues, cosa *nuestra*, y como tal la visitaría Herrera cuando llevaba construido medio siglo de existencia. ¡Lástima que Bramante no hubiese llevado a cabo el patio circular que debía rodearlo! La parte superior del *nicchione* y la escalera del *belvedere* vaticano, dan idea de lo que hubiese sido este claustro perimetral. No hay necesidad de establecer comparaciones entre la obra de Bramante y la de Herrera. Fraternas ambas, tienen vida propia, y nadie asegurará que la nuestra, sin ser tan refinada como la del arquitecto de Urbino, desmerezca de su similar.

Se le achaca a Herrera que los ábsides circulares de la planta de la iglesia trazada por Pachote los convirtiese en planos. (Véase la planta general del monasterio y se descubrirá la razón de este cambio; tanto como caprichoso, fué debido a utilizar mejor el área de la iglesia y el de adaptar ésta a los claustros y palacio.)

La planta circular de la capillita de San Pietro in Montorio la transforma Herrera en cruciforme. Feliz disposición que en alzado da un rompimiento de líneas, una esbeltez y encanto, un carácter tan personal y propio, que le eleva a la categoría de concepción original.



Roma. — Planta del templete de Bramante en San Pietro in Montorio.

En vez de los ocho nichos — compárese en ambas plantas el balanceamiento de los interiores y externos —, el arquitecto español dispuso en las fachadas cuatro, que sirven de cobijo a los Evangelistas y sus animales simbólicos, y de motivo a otras tantas fuentes y estanques herrerianos. El regalo del agua, que, reflejando el pequeño monumento, duplica su belleza, tampoco debe pasar inadvertido. Otro dato importantísimo que deben tener en cuenta los que tanto vituperan al arquitecto de Felipe II.

«El que se aleja del orden de Bramante, se aleja de la verdad», dijo Miguel Ángel, continuando en el Vaticano la obra de su progenitor.

Separándose de él Herrera, no sería refinado a la manera italiana; pero mostró su condición personal y levantó un hito en el camino que recorre nuestro arte nacional. ¿Quién se atreve a levantar la voz para sostener que este templete, por su ascendiente bramantino, no es original?...

Si por obra original se entiende la que a nada se parece, la que surge en la mente del artista sin ascendiente, por generación espontánea, contestaremos que no es propia. Pero este concepto es absurdo. El entronque, la sucesión de las formas no resta mérito a las concepciones artísticas, siempre que, no siendo meras reproducciones, revelen el alma del que las da vida propia.

¿Es que Bramante, replicamos, creó las columnas, los nichos, la balaustrada y la planta de su pabellón? Puestos a escudriñar en las construcciones romanas que midió y dibujó al llegar Bramante a Roma, en las tumbas sobre todo, y en las que reprodujo Ligorio, encontraríamos los antecedentes del *tempietto*. Y hasta en algunos autores nos mostrarían la afirmación — nosotros la creemos injusta — de que la capillita de Bramante es una restitución verdadera de un templo antiguo, casi una copia.

Véase, pues, que, lo mismo que a Herrera, se le pueden hacer iguales cargos a su maestro. Cargos arbitrarios, que no aminoran la gloria de uno y otro.

Y queriendo ensalzar al preceptor y menoscabar la fama del que manejó el mismo tema, se consigue avecinar en la reputación a ambos.

### Aun queda mucho por estudiar

¿Se ha hecho algún estudio especial de las recónditas escaleras, de las que, por arte de tramoya, carcomiendo los muros, nos llevan a todas partes y nos asoman a deliciosos puntos de vista?

Si Herrera no hubiese vivido tantos años en El Escorial, apegado a su obra, pensaríamos que muchas de las soluciones y despiezos de las piedras que escalan podían ser debidas a los maestros y no al director.

Tan humana, tan libre, tan extraña a los tratados, tan pintoresca es la estereotomía de las bóvedas, encuentros, bajadas, lunetos, gradas y muros, que en ellas se perfila la arquitectura herreriana en su aspecto más franco y expedito.

También los patios, el de la Compañía y los dos pequeños contiguos a la entrada del palacio, coronados de torneados balaústres, y el atribulado patinejo anterior al

vestibulo de la iglesia, anticipan lo que será más tarde la arquitectura de los sopor-  
tales en plazas pueblerinas, y la litúrgica de los pórticos y naves herrerianas.

Declina la tarde.

En el estanque del huerto se va sumergiendo el Monasterio, matizado de brillan-  
tes coloraciones.

El sol tramonta con reflejos anaranjados, y, rodeada de una majestuosa aureola,  
se contempla la obra de los afanes. Como la contemplaría Herrera tantas veces al  
declinar la jornada...

TEODORO DE ANASAGASTI,

Arquitecto.

Madrid, diciembre de 1922.

